



## LA EXPLOTACION MADERERA EN EL PRETERITO DE COLOMBIA

Dr. ENRIQUE PEREZ ARBELAEZ

### Introducción

Por varios aspectos importa conocer, al estudiar las maderas como Recursos Naturales de Colombia, los usos que de ellas se hicieron, su economía y consumos en tiempos pretéritos. Primero porque las experiencias buenas o malas del pasado propio, nos aleccionan más tangiblemente; segundo porque la reserva maderera actual es resultante de las prácticas de nuestros mayores y, tercero, porque las enseñanzas, que es necesario dar a los contemporáneos, se deben vaciar en el molde de la práctica inveterada que se sedimentó en nuestras gentes y se hizo medula de su técnica, o falta de técnica, conservacionista. Todavía vemos que en alguna población de Colombia se celebra la Fiesta del Hacha; aún ese símbolo de la destrucción forestal campea en el escudo heráldico de una ciudad que, por otro lado y con generoso esfuerzo, trata de defenderse de los efectos causados por ese instrumento aniquilador de bosques y aguas. Esa exaltación estaría bien si el hacha se entendiera solamente como un recuerdo de la expansión procerca de una raza que, sin más ayuda que su filo y su propia energía, abrió a la cultura las interioridades hinóspites de la montaña. Pero entendida el hacha como símbolo de virilidad, como actitud psicológica permanente y como

programa de entrega sin medida, a la hora presente deifica al monstruo que nos está devorando. Y es lo que no se debe honrar ante la masa campesina.

### El indio

En "Recursos Naturales de Colombia" he hablado de la explotación de los bosques protectores hoy colombianos en la época prehispánica y concluimos que, aunque las culturas materiales indígenas de esta porción del continente se habían realizado en vegetales: para la construcción de viviendas y santuarios, para la fabricación de instrumentos de navegar; para puentes, armas, utensilios domésticos y de labranza; palenques, cárceles, jaulas y trampas para hombres y animales y a pesar de los ingeniosos arbitrios usados por los primitivos para cortar a bisel, con un cordel entrapado de arena, y en tajo perpendicular, los troncos y macanas más duros, sin embargo su desconocimiento de herramientas eficaces, su falta de ganados, no les hizo romper el equilibrio de la naturaleza ni vencer, con su escasa densidad demográfica, las fuerzas regeneradoras de vegetación y fauna. Dije que solo habían sido destructores sus métodos de pesca con barbasco y los de caza por acorralamiento con fuego. Este procedimiento además, pudo conducir, en ciertas regiones, con determinado clima eólico y con vege-

tación propensa, a incendios extensos; pero aún así, el arbolado pudo regenerarse. El balance solo se hizo desfavorable desde que llegaron a este continente los primeros conquistadores europeos y el machete, inventado en América, pendió del cinto de todos nuestros campesinos.

Una consideración podría hacerse, persuasiva de la eficacia de las culturas indígenas para hacer descender la naturaleza que sería el examen de su tierra y de la trayectoria seguida en ella por la fertilidad, si es que logramos averiguarla. Se sabe, por ejemplo la localización de los cultivos chibchas en el sur de la sabana de Bogotá, en Choachí, Fómeque, Ubaque; en Suba, Funza, Tunja y Sogamoso. Estas regiones si se comparan con sus aldeañas, se hallan retrógradas. Mas no sabríamos decir el momento en que se inició su pérdida. Solo que es notoria una diferencia en peor, de las tierras tradicionales de los indios y las que, más tarde ocuparon sus dominadores.

Se adivina claramente que las prácticas de explotación forestal indígena tuvieron muy diferente resultado en diversas regiones del país, dotadas de suelos y climas disímiles. Más fácilmente se rompe el equilibrio y se inicia el descenso vegetativo en los climas fríos, muy secos y eólicos que en los cálidos y húmedos y en aquellos donde el peligro de incendios es menor. Una explotación maderera, aún la más moderada, en la Guajira, en los alrededores de la Laguna de Tota, produce efectos irreversibles. Mientras que el Chocó o cerca a los ríos amazónicos, existen más posibilidades de que tales efectos se compensen y borren. Sin embargo, el desmonte agrícola, tal como suelen hacerlo nuestros colonizadores, es literalmente un herrete a fuego en la espalda del bosque. En las orillas del Caquetá, se

distinguen perfectamente, desde el avión, los sitios donde indios y blancos abrieron sus rozas hace muchos años, quizá siglos y, andando por el suelo, la marca más indeleble que se advierte es la falta de maderas finas.

En el Chocó, en los términos sur de la Serranía de Baudó, orillas del San Juan cercanas a Bocas de Sipi y a la barranca de Cucurupí, se advierten claras retrogresiones de la vegetación espontánea. Allí debieron estar emplazadas las poblaciones indígenas que los enviados de Andagoya saquearon e incendiaron cuando, en 1594, hicieron la primera exploración europea por la costa del Mar del Sur. La tierra quedó como si hubiera sido sembrada de sal, que era el anatema lanzado contra las heredades de los traidores a España.

Tratando de exponer la actitud de los primitivos americanos con el bosque que los rodeaba, que ponía valla a su expansión y que, sobre todo en el intertrópico, constituía el elemento más efectivo de su ecosistema, se nos presenta un interrogante que intriga no poco, sobre todo, a los estudiosos de la antropología del territorio que es hoy Colombia.

Hay una clara distinción de nuestros aborígenes en selváticos y andinos. Estos terminaron sus migraciones en las alturas vestidas de pradera, a ellas se aquerenciaron y allí, no solamente buscaron su estabilidad de agricultores de papa y de maíz por semilla, en medios menos feraces, sino que alcanzaron los más altos niveles culturales con el vestido, el telar, los cultos, las creencias y las organizaciones sociales. En cambio los selváticos andaban desnudos; preferían la recolección, caza y pesca para su sustento, muchos eran caníbales, vagaban nómades, practicaban la brujería y si alguna agricultura hicieron fue la de la quema y la estaca de yuca.

La especie humana pobló la América, hace 4 a 6.000 años, comenzando desde sus costas marítimas, probablemente obedeciendo, más a una tendencia a la trashumancia que a la presión demográfica. Su trayectoria fue hacia los niveles orográficos más altos, siempre desgastando energías. Y uno se pregunta, cómo y por qué llegaron los incaicos peruanos al Cuzco y después a Machu-Picchu para establecerse entre aquellos colosos orográficos, que parecen los dientes de un tiburón, invertido para morder el cielo; o cómo nuestros agustinianos treparon los flancos del Macizo colombiano para hacer nido donde solo lo hacían los cóndores, dejándose atrás o de lado, los acogedores okeros y florestas del Valle, los robledales de Pubán, el sur del Huila o el noroeste del Caquetá por donde, forzosamente hubieron de pasar. El andinismo masivo de muchos indios, ¿era instintivo, o era reflexivo o cultural? Sin duda lo último y surgió como una impotencia ante la selva; como huida de ella a la que nunca se atrevieron a debelar y con la que no pudieron convivir. Esos montanos recibieron, fruto de su esfuerzo, una capacidad mayor para enriquecer sus espíritus.

### La Colonia

Los ibéricos, llegados a la costa sur del Caribe y al interior de la Tierra Firme, pronto comenzaron a construir sus viviendas y ciudades al estilo de Andalucía, ese estilo tan amado todavía por los colombianos. Con piedra, ladrillo, adobe, tapia pisada y teja; emplearon para su argamasa la cal de madreporas sacadas del mar. Pero para los pisos altos y los techados debieron emplear mucha madera. Además iniciaron sin tardanza las construcciones navales, que aseguraban la continuación de las conquistas, el comercio y el regreso a Europa; la ex-

portación de maderas, a la Isla Española, que fue la primera capital y primer astillero del Nuevo Mundo, a donde las naves que llegaban eran menos que las zozobradas, y el despacho de madera a la Península, donde los bosques estaban ya muy empobrecidos, mientras tantas obras suntuarias así como navíos para las armadas de guerra, se construían con esencias forestales preciosas que solo podían obtenerse en el Nuevo Mundo.

También fue J. C. Mutis uno de los primeros que se ocuparon y preocuparon en abrir comercio a las maderas del territorio hoy colombiano. Como hubiera él enviado a Madrid un muestrario de ellas, recibió de la corte el encargo de remitir al Príncipe de Asturias, después Regente, Carlos IV, sesenta tablas escogidas, de una sola especie, para que este vástago del Rey Carlos III, fundador de la Expedición Botánica entretuviera sus caprichos como carpintero, en el taller que tenía en la Casita, por él llamada del Príncipe, en Aranjuez. Allí se plantaron árboles exóticos de Suramérica y de California que son todavía testigos de las sencillas aficiones del soberano, soberanamente burlado por María Luisa de Parma. Pero Mutis, para cumplir su cometido, hubo de trabajar y sudar por bosques y andurriales.

El europeo necesitaba también de muebles y todo grupo colonizador llevaba, entre su personal, un carpintero artífice de ellos. De ese complejo, partiendo de la explotación forestal de-rochadora, salieron artesonados, altares, coros, puertas, escaleras; ventanas y balcones; armarios, mesas y sillas, púlpitos e imágenes de santos y rejas. Y como en las tierras nuevas tropicales abundan siempre la humedad y los destructores de las maderas; comején, gorgojo y minadores, la explotación se dirigía preferentemente a

las maderas más finas e incorruptibles, so pena de tener que reponer periódicamente todos los maderámenes.

Bien se puede decir que en la Colonia que hoy es Colombia, como era el que estaba más a la mano y el que ocupaba brazos más baratos, se consumió más material de construcción **madera** y se lo administró con menos parsimonia. No sería, sin embargo, posible dar una medida cuantitativa de las explotaciones forestales en la época española de nuestra tierra; pero nos basta considerar los viejos edificios coloniales de Santa Marta, Mompox, Cartagena, Tunja, Villa de Leiva, Popayán y Bogotá, para apreciar cómo a medida que crecían las poblaciones y las comodidades, el desgaste forestal se hacía agotador y por qué de la masa indígena salieron tan valiosas escuelas de tallistas en El Cuzco, Lima, Quito y Pasto.

La única invencible limitación de la actividad maderera la impusieron los pésimos caminos, donde los solos vehículos eran hombres, bueyes y mulas. Abundancia, baratura y malas vías tuvieron por efecto que ni los cronistas, ni los misioneros, ni los gobernantes y economistas dieran al consumo de las maderas del interior gran importancia como reservas industriales, culturales y comerciales. Al fin y al cabo, eran cosa de todos que se recibía gratis.

El Capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1478-1557), polígrafo que escribió en La Española, (Santo Domingo), su **Historia General y Natural de las Indias-Islas y Tierra Firme del Mar Océano**, en cincuenta libros, nos da, en el noveno de la primera parte, un recuento de los árboles salvajes, que encabeza con estas palabras:

"Lo que yo dixere, será muy poco en comparación de lo que se ha de dezir e saber con el tiempo adelante;

mas esforzarme he a escrebir lo que he podido alcanzar e entender de estas materias e natural historia".

Lo que alcanza a escribir Fernández o Hernández de Oviedo son desde luego generalidades sobre bosques y árboles. A los primeros hallé densos, a los segundos muy variados y de gran "lindeza". Pero entrando a referir de ellos en particular, habla de los pinos, nogales, jaboncillo, mangle, cedro, roble, caobas, terebinto; ceiba, brasil, corbana; cuya; mari-á; ciguas, membrillos, perales, encinas, capera, etc. No todos estos nombres y descripciones de árboles pueden hoy identificarse, ni siquiera genéricamente. Algunos sí, como es el peral, que significa curo, aguacate o *Persea*. El autor dice, de todos ellos, algo sobre su madera y, de varios, los usos que ya en aquellos tiempos recibían por parte de indios e "chripstianos". Esta para sillas corales; esa para gentiles embarcaciones; esotra para fustes, sillas de montar a la jineta. Pero de la mayoría solo dice que es buena o muy dura. El dato cuantitativo de su uso, fue siempre imposible, pero la fama, junto con el uso tan antiguo, nos explican por qué los americanos agotamos las maderas cerca a nuestros centros de población y ahora debemos traerlas de lejos, de regiones que aun viven en estado precolombino.

Otros dos autores de mediados del siglo XVIII prestan atención al mismo tema que estamos tratando: el Padre Felipe Salvador Gilij y el Alférez José Nicolás de la Rosa. El primero describe principalmente árboles de productos alimenticios y medicinales en la Tierra Firme; el segundo, refiriéndose a la Provincia de Santa Marta, se explaya mucho más y dice de los mismos, de los ornamentales y de los principales maderables; siempre con mucha ponderación de sus propiedades y de su abundancia. Seguía pues

no solo en la Tierra Firme del Occidente del Golfo de México, sino en la que es hoy Colombia, el beneficio de cuanta madera fina producía la tierra, sin que se llevara a cabo sobre ella la menor repoblación forestal ni se hiciera de esas maderas, que no eran de nadie, el menor ahorro ni empleo clasificado.

Pedro Fermín de Vargas, economista formado en Mariquita, al lado de J. C. Mutis, en las postrimerías del siglo XVIII, tratando de los recursos industriales y comerciales del Nuevo Reino de Granada, dice sobre las maderas, solo este corto párrafo en sus *Pensamientos Políticos*:

"Se hallan en el Reino maderas finas como caobas, granadillos, palo de rosa, manzanillo, ébanos, nogales y otras muchas que, llevadas a España, servirían para toda especie de muebles. De construcción son abundantísimas las mismas caobas, los cedros, maría, etc".

El documento aunque breve, más completo que se produjo en la época colonial de Colombia sobre el estado de su desarrollo y fuentes de riqueza es, sin duda, la *Relación de Mando* que el Virrey-Arzobispo A. Caballero y Góngora hizo a su sucesor, sobre las enormes tierras de su jurisdicción. En él se incluye la noticia de una explotación maderera, con finalidades de exportación, la del palo brasilete, que aunque se refiere solamente al *Hæmatoxylon* sacado en astillas, de las tierras planas vecinas al puerto de Santa Marta, nos revela condiciones que todavía se realizan en la utilización comercial maderera al presente patrio. Dice así el Virrey-Arzobispo:

"El palo brasilete, de que se compone la mayor parte de los montes de Santa Marta, Río Hacha y Valle Dupar, no se extraía sino por cuatro o seis comerciantes, quienes pagaban a los cosecheros a viles precios, con ro-

pas y géneros demasiado recargados, con que la utilidad toda estaba concentrada en estos particulares, sin que "sirbiese" de alivio a los infelices cortadores".

Los alivios que halló el gobernante para remediar esa situación fueron el Estanco por cuenta del Rey y la fijación del precio de cinco pesos carga para el brasilete puesto en Santa Marta, por los cosecheros, sin limitación. Con ellos ganó el fisco sumas enormes y algo también los forestales.

La del brasilete fue la primera explotación selvática, costeña, de nuestra historia, con intenciones exportadoras, y tras ella se siguió el proceso de cuantos productos logramos industrializar: oro, platino, petróleo, café, el cual se resume así: para el pueblo, jornales con qué comer; para los gobiernos socialistas con qué despilfarrar; para los extranjeros industrias con qué vendernos carísimo; para nuestra naturaleza regresión al cero de la potencialidad. Hoy es el brasilete rara avis en el Departamento del Magdalena.

La segunda explotación forestal de nuestra Colonia fueron las cortezas de quinas, promovida por J. C. Mutis y organizada por él. Mutis fue el primero en proyectar, con base en un avalúo de la reserva quinera del Nuevo Reino, en organizar los acopios, en controlar la pureza del producto. Llegó a exportar 22.252 arrobas más 8 libras en 2.271 cajones. Pero ni alcanzó a fijar las leyes conservacionistas de la explotación ni a vencer a los que se empeñaron en desacreditar en la península el producto neogranadino. Es historia demasiado larga para incluirla aquí. Dejemos suelto este cabo, para reanudarlo en la historia forestal de nuestra vida republicana, cuando aparecieron sus ventajas, sus fracasos y sus moralejas.

Así finalizó la Colonia, a lo largo

de la cual se trató de satisfacer, en lo científico una solicitud de información, que desde sus primeros tiempos, pedía la Oficina de Contratación de Sevilla, entre otras referentes a las tierras indianas:

"22. Los árboles silvestres que hobiere en la dicha comarca comúnmen-

te, los frutos y provecho que dellos y sus maderas se saca y para que son o serían buenas".

Leyendo la historia es como se sabe que los vicios peores de Colombia han sido siempre los mismos.

(Continuará).

*¿Queréis saber lo que es la madera? Ella corresponde bien a la etimología de su nombre castellano. Madera en el original latino, se dice: materias, materia y envuelve el prefijo mater, madre. Porque ella es la entraña de donde más naturalmente nace toda la obra manual y artística del hombre; el núcleo y almendra de todo cuanto el pensamiento quiere transmitir más lejos del alcance de los brazos, más allá de lo que dura su propia vida*

*Las propiedades esenciales de la madera, son: su combustibilidad, de donde sale la leña y en ella un infinito; su ligereza, por lo general, mayor que la del agua, de donde proceden la balsa, la canoa y con ellas el infinito de la navegación y de los descubrimientos marinos; su resistencia unidireccional y su fisibilidad paralela, de donde surgen la viga, la tabla, la alfajía, el ensamblado y con ellos el infinito de la vivienda; finalmente, la madera es refractaria a la electricidad y al calor; sus colores son discretos, su sonoridad templada. Con eso nos da un cuarto y un quinto infinitos; el mueble, cuna y lecho y mesa y silla y ataúd. Además el instrumento músico; tambor, guitarra, flauta, maguaré, maracas y, en fin la alegría para olvidar esa última jaula donde se albergará nuestro eterno.*

*¿Es todo? No. La madera se deja fraccionar, volverse pasta. De ahí el papel, ese infinito y los plásticos. El mundo de la celulosa, de la lignina, de la pectina, que salen de la madera, del árbol, del bosque.*

*Ahora me toca preguntar a mí. ¿Dónde está la riqueza de los pueblos sin maderas? ¿Dónde su futuro...?*

E. Pérez Arbeláez.